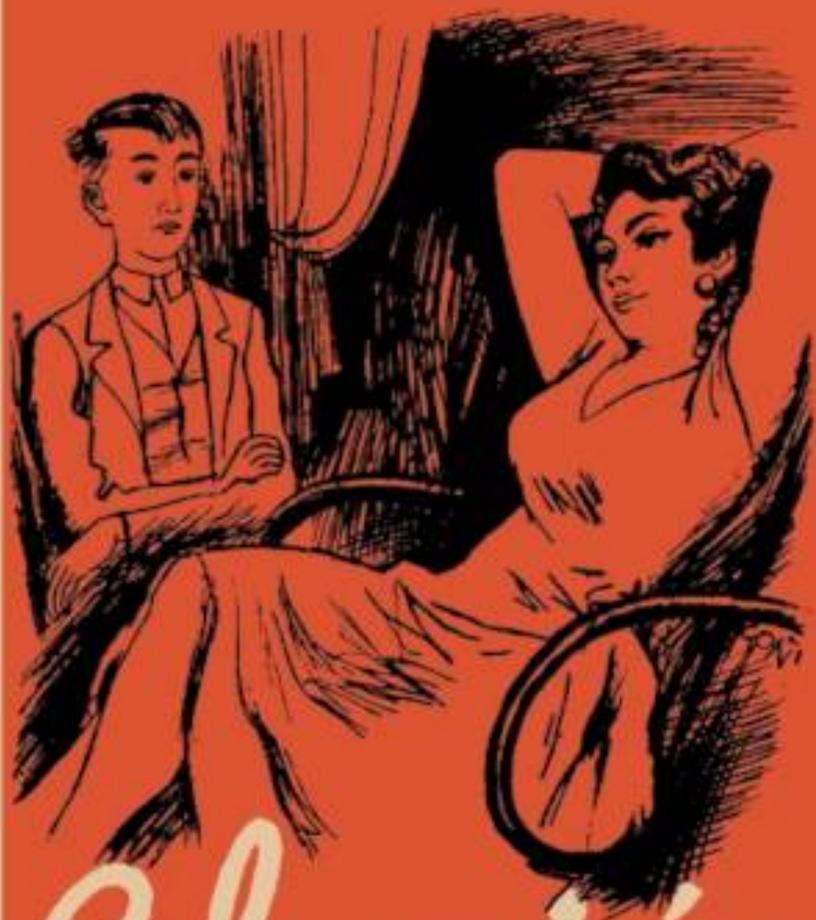


ROBERTO MOLINA

LA NOVELA



el SABADO



Colocación
en Madrid

N.º 75

Miguel llega a Madrid a buscar trabajo.

Se suceden las presentaciones de los familiares allí residentes y las caras de aceptación o rechazo, según los casos, de dichos familiares.

La presencia de Miguel empieza a crear problemas en casa de sus tíos y él empieza a buscar trabajo denodadamente para dar una solución a su vida.

EDICIONES CID**ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS****COLECCION LITERARIA:**

La gran borrachera.—Manuel Halcón. 30 pesetas.

Estampas y sainetes.—Antonio Calderón y Eduardo Vázquez. 30 pesetas.

Lo que se habla por ahí.—Antonio Díaz Cañabate. 40 pesetas.

La hija de Jano.—José Antonio Giménez-Arnáu. 40 pesetas.

COLECCION RELIGIOSA «NOTICIA DE LO ETERNO»:

La Misa del día entero.—Padre Federico Sopena. Tela, 50 pesetas.

Seis lecciones sobre la castidad.—Padre Federico Sopena. 20 pesetas.

COLECCION INFANTIL:

Pañolín Rompenubes. — Marcial Suárez. 35 pesetas.

La hermana de Antoñita la Fantástica.—Borita Casas. 30 pesetas.

COLECCION SERIALES RADIOFONICOS:

Se abren las nubes.—Guillermo Sautier Casaseca y Luisa Alberca. Tela, 30 ptas.

La sangre es roja.—Guillermo Sautier Casaseca y Luisa Alberca. Diez fascículos, a 5 pesetas cada uno.

Sin derecho a vivir.—Armando M. Guíu y Joaquín Díaz. Cinco fascículos, a 5 pesetas cada uno.

Un arrabal junto al Cielo.—Guillermo Sautier Casaseca y Luisa Alberca. Diez fascículos, a 5 pesetas cada uno.

La casa del odio.—Guillermo Sautier Casaseca y Luisa Alberca.—Cinco fascículos, a 5 pesetas cada uno.

Pedidos a: «Ediciones Cid». Desengaño, 9.
Teléfono 31 05 12. — MADRID

VIAJES A PARIS

por 3.000 pesetas

EN AUTOCAR PULLMAN DE LUJO

SALIDAS MENSUALES

11 días de viaje.

VISITANDO:

BURGOS (Y LA CATEDRAL), SAN SEBASTIAN, BURDEOS, ANGULEMA, RUTA DE LOS CASTILLOS DEL LOIRA, PARIS (ESTANCIA DE 5 DIAS), ORLEANS, VIERZON, LIMOGES, AGEN, LOURDES (VISITA DE LA GRUTA Y MISA), ZARAGOZA (VISITA DEL PILAR), ALHAMA DE ARAGON Y LLEGADA A MADRID. FIN DEL VIAJE

Informes e inscripciones:

WAGONS - LITS // COOK

(A. V. G. A. T., 5)

ALCALA, 23,
C. SOTELO, 14
Palace Hotel
o en
cualquiera de
nuestras
agencias de
España



S E M A N A

la revista española más conocida en el extranjero.

S E M A N A

que aumenta sus páginas y no su precio.

S E M A N A

que no deja de informar a sus lectores de todo cuanto pasa en España y fuera de ella.

S E M A N A

la revista que se mantiene siete días en manos de sus lectores.

Redacción y Administración:
PASEO ONESIMO REDONDO, 26.

Teléfonos: 22 28 90 - 22 28 97 - 22 28 98.

Se admiten suscripciones y encargos:
Teléfono 22 42 90.

PROXIMO NUMERO

Las campanas.—Carlos Dickens.

51. El sainete triste.—Tomás Borrás.
52. El cuclillo de la madrugada.—José L. Acquaroni.
53. Para que el gato sea limpio.—J. Benavente.
54. Farruquiño.—Gonzalo Torrente Ballester.
55. Antonio.—Eugenia Serrano.
56. Teresa Ferrer.—Rafael Azuar.
57. La golondrina y los rascacielos (Nueva York hace treinta años).—Federico García Sanchiz.
58. La última dicha.—Luisa Alberca y G. Sautier Casaseca.
59. De oro y azul.—Joséfina Carabias.
60. Los caballeros las prefieren castañas.—Tono.
61. El fantasma.—W. Fernández Flórez.
62. Los raffles.—Miguel Delibes.
63. El tonto.—Luis Molina Santaolalla.
64. Los serenos duermen de noche.—Evaristo Acevedo.
65. Una aventura en el tren.—José M.^a Salaverría.
66. Josechu y la señora.—Luis de Castresana.
67. Mañana.—Dolores Medio.
68. El criminal nunca gana (El caso de un provinciano en París).—Iván Montiel.
69. Casa de amor.—José Ortiz de Pinedo.
70. La niña.—Carmen Laforet.
71. El fantasma de Canterville.—Oscar Wilde.
72. Miedo a la vida.—A. Martínez Olmedilla.
73. Eran cuatro.—Elisabeth Mulder.
- 74.—Iliuscha.—Fiodor Dostoyevski.

Tarifa de suscripción a «La Novela del Sábado»:

A 12 números	...	68 pesetas.
A 25	»	138 »
A 52	»	282 »

Puede remitirse su importe a LA NOVELA DEL SABADO, Ediciones Cid, Desengaño, 9, Madrid. Teléfono 310512, y a cualquier sucursal del Banco Español de Crédito, con destino a la cuenta de LA NOVELA DEL SABADO, en la Central de Madrid.

I

A las seis de la tarde de un hermoso día de junio hacía mi entrada en Madrid, por Atocha —nos decía Miguelito Oyarte, ahora un don Miguel fatigado—. Salté del tren, esperé que con la salida de viajeros se despejara un poco el andén, y mostrando en alto mi brazo con un libro, precisamente un tomo de dramas de Ibsen que aún conservo, me di a conocer a mi tío Demetrio, que me aguardaba. El cual, acompañado de su único hijo Nicolás, se me acercó y dijo:

—¿Eres tú Miguel, hijo de mi primo José Vicente?

—¿Usted, entonces, es mi tío Demetrio?

Nos dimos la mano, presentándome a Nicolás. El tío Demetrio era natural de Trascampos, como yo; pero en los veinte años de su ausencia, las imágenes del paisaje y de las gentes de allá conservaban en su mente un fuerte relieve en el dibujo y una viva resonancia sentimental en los recuerdos de fiestas, costumbres y episodios de la primera juventud. Salimos de la estación, echamos Paseo del Prado arriba, hasta llegar a la calle de las Huertas. Confieso mi desilusión en este encuentro primero con la capital de España. A la derecha, unas brigadas de obreros estaban picando piedra para el nuevo edificio de Fomento. Una musiquita de organillo, un movimiento de coches, la campanilla de un tranvía..., viejas imágenes que se proyectan ahora en el plano primero de mi memoria. Todo esto, y también la cabezota fuerte, enorme, de mi primo Nicolás, que me miraba con curiosidad terca y sorprendida: un chico un tanto monstruoso, cuya deficiencia mental era causa de su inutilidad para ningún empleo ni estudio. Muy bondadoso y dó-

cil, el paso de los años no tenía poder para hacerle saltar de la puericia a la adolescencia. Era un muchacho fuerte, ancho de tórax, de lentas reacciones y ojos infantiles, dulces, casi inexpresivos. A mí, desde el primer momento, me demostró un afectuoso interés. De casi la misma edad, mientras yo en mis diecisiete años parecía casi adulto, él en sus dieciséis y con deficiente talla parecía un chico de catorce. Pero en esta hora prima de mi llegada, mi atención dividíase entre responder a las reiteradas preguntas de mi tío y observar el movimiento de tranvías, coches y gentes, más la novedad de los edificios de seis y siete pisos, altura considerable en el tiempo en que los rascacielos y grandes hoteles no eran aún ni una pequeña idea en la mente de los arquitectos ni de las futuras empresas del ramo.

Llegamos a casa de mi tío y saludé a su esposa, tía Pepa, una señora insignificante y triste, siempre agitada en las tareas de la casa, mujer de pocas palabras, dócil a la voz de su esposo. Tío Demetrio, cuyo interrogatorio no se agotaba, mandó a Nicolás a comunicar al tío Pedro Ignacio la gran noticia de mi llegada. Ambos parientes, de edad aproximada a la de mi padre, habían tenido siempre con él una amistad fraternal. Por lo mismo, mi padre, previa consulta por carta, había resuelto confiarme al tío Demetrio. Pasaría en su casa unos días o acaso una semana mientras me colocaba. Esto de colocarse en Madrid era ya entonces como una fiebre de toda la juventud nacional. En cuanto un muchacho apuntaba una lucecita de inteligencia y cierta voluntad de ser algo más que un pobre artesano local, era enviado a Madrid «a colocarse». ¿Dónde, cómo y en qué? ¡¡Ah!! Madrid mismo diría. Madrid, esperanza y meta de todo chico despabilado y ambicioso, recibía diariamente infinidad de jóvenes. El fracaso abatía a muchos, devolviéndoles al lugar de origen. Otros, los menos, lograban un punto de apoyo, un asidero, un huequecito como refugio provisional, y teníanse por dichosos. Su suerte, su ejemplo, animaba a otros. Y así, como cadena sin fin, todas las provincias factu-

raban a Madrid su sobrante de muchachos que deseaban colocarse. Y esta palabra «colocarse» llegaba a tener en los ilusionados aspirantes un eco musical, fáustico, enriquecido de felices promesas.

La primera impresión, aunque velocísima, de la hostilidad de tía Pepa, túvela aquella misma tarde, al penetrar con ella y con mi primo en el dormitorio que se me había destinado, en el cuarto mismo donde dormía Nicolás. Porteaba yo mi maleta, y al entrar me la arrebató de las manos mi primo, en deseo de servirme. Y al advertirlo tía Pepa, dió a su hijo un violento empujón, diciéndole:

—Deja que se sirva él solo, que no necesita criados.

Nicolás abandonó en el acto mi equipaje, que coloqué yo en seguida en el lugar más adecuado, junto a mi cama. Tía Pepa salió, cerrando con no blando golpe la puerta, y mi inocente primo me dijo confidencialmente:

—No hagas caso de mamá. No tiene mal genio, pero es que la aburren los huéspedes.

—¡Ah! —dije yo—, pues me iré en seguida. Como tu padre había contestado que podía venir y que tenía aquí mismo alojamiento...

Esta respuesta aterraba a Nicolás, arrepentido de haber hablado. El pobre chico, abriendo espantado sus ojos, me decía:

—No, no; tú te quedas aquí. Mamá aquí no manda. Tú te quedas. ¡Por favor, no vayas a decirle a papá...! Sería la catástrofe. Él, en cambio, está contentísimo con tu llegada, y si supiese que te había revelado... ¡Por favor, no me descubras! ¡Por Dios te lo pido!

El terror muestra su huella, muestra el sufrimiento que angustia a Nicolás, muestra en la facies y en los ojos toda su agitación íntima. Nicolás, temblando, me tomaba las manos. Y esta escena, al reaccionar sobre mí de modo contrario a los deseos de mi primo, borraba la alegría de este viaje, la ilusión de Madrid, tan soñada, estimulando, en cambio, el ansia de ser y de que nunca pudiese decirme la

madre de ningún pariente aquellas palabras tan impertinentes como reveladoras. Por contraste, mi tío Demetrio, impaciente por oírme contarle cosas de allá, entró en nuestro dormitorio y dijo:

—Déjale a Nicolás que arregle tus cosas, y vente al comedor, que hablemos.

Poníame las manos sobre el hombro, en actitud paternal, hacíame sentar en sitio preferente y decía:

Te pareces mucho a tu padre.

Luego dijo de pronto:

—¿Te gustan los mariscos? Supongo que no los habrás probado nunca, porque a Trascampos no es fácil que los lleven.

—Creo saber lo que son, pero no sé si me gustarán.

—Pues los vas a probar en seguida. ¡Pepa! —y dió una voz como de sargento ante un recluta. Tía Pepa, con rostro asustado, salía de la cocina. Tío Demetrio ordenó—: Tráenos en seguida unos mariscos de la tienda. Quiero que Miguelito los pruebe.

—En seguida, en seguida —murmuraba ella con blanda voz, quitándose el delantal de cocina. Salía del cuarto Nicolás y díjole su padre:

—¿Todavía no has avisado al tío Pedro Ignacio? Anda, anda a escape y dile que ya tenemos en casa a Miguelito; que no se molesten en prepararle cuarto, porque ya se lo hemos preparado aquí. ¡Anda!

La casa de mi tío era un cuarto exterior, modesto, en un quinto piso. Asomado a los balcones, sentíame atraído hacia el abismo que era la calle. Disimulando mi miedo, agarrábame a los hierros y miraba la honda sima, sin avanzar demasiado la cabeza. Había en la casa un olorcillo de pintura y encerado de piso, molesto para mí entonces. Sabía yo que mi tío era funcionario de no sé qué departamento oficial, y que mi tío Pedro Ignacio, su hermano, tenía una pequeña industria de cajas de cartón. Ambos habíanse alejado de Trascampos en su juventud, emancipándose de la

segura miseria que allí habríales aherrojado. La obligación del servicio militar dábales a conocer este gran mundo esperanzador que es Madrid —ahora y antes— para un muchacho con ambición y con sueños.

Llegó tío Pedro Ignacio, repitiéndose el cuestionario de preguntas de tío Demetrio.

—¿Qué es de Damián Tejada? ¿Se casó Mercedes, la hija de Felipe Cueto? ¿Con quién se casó? ¡Guapa moza! ¿Y don Peluquín, vive aún? ¿Todavía toca la música en la plaza mayor los domingos? ¿Sigue aún la costumbre de los bailes en el casino?

Apareció con unos vasos de cerveza y unos mariscos tía Pepa, sorprendiéndome su alegría, su sonrisa, su complacencia en servirme lo que más me agradase.

La verdad es que, de momento, el sabor de la cerveza parecíame horrible, y tampoco los mariscos consiguieron apasionarme. Contrariamente, mis tíos devoraban gambas y percebes. Yo respondía lo mejor posible a sus interminables preguntas, extrañándome que no aludiesen al motivo principal de mi viaje.

De momento, en este cuarto estábamos como de fiesta. No había pasado media hora cuando apareció de pronto otro señor, también natural de Trascampos, y de quien yo no tenía la menor noticia. Era Joaquín Poyales, amigo de estos parientes y que decía conocer a mi padre. Casualmente habíase presentado en casa del tío Pedro y allí tuvo conocimiento de mi llegada.

—¿Conque tú eres hijo de José Vicente? ¡Vaya, vaya! Y que te pareces mucho a él. ¡Bueno, bueno!

Comenzaba de nuevo, y ahora con más empuje, un interrogatorio salpicado de interjecciones, risas, recuerdos, interrupciones, quitándose la palabra unos a otros, y todos deseosos de que les informase. La conversación estimulaba el apetito, y el tío Demetrio ordenó a tía Pepa que renovase la provisión de mariscos y cerveza. Como ella insinuara tímidamente que hiciese Nicolás este recado, mi tío negó,

diciendo que el chico estaba, al parecer, encantado de oírme y quería complacerle, a ver si mi ejemplo servíale de estímulo. Tía Pepa marchó a la tienda, y la escena se animaba por momentos. Era tanta la alegría que recibían con mi presencia y mis respuestas, que yo estaba no poco sorprendido.

—¿De modo que tú eres el hijo mayor de José Vicente?
¿Y quién es tu madre?

—Mi madre se llama Ascensión Gómez.

—¿Ascensión, la hija de Daniel el de la tienda?

—Sí, señor.

—¿Y tu tía Mercedes, se casó?

—Sí, señor.

—¿Con quién?

—Pero ¿a ti que te importa? —interrumpió tío Pedro Ignacio, impaciente él, a su vez, por hacerme preguntas.

—¡Hombre, qué cosas dices!

—No le hagas caso a este pelmazo y dime: ¿Qué fué de la chica de don José Luis, el notario? Se casaría con algún abogado, claro.

—¿Pepita de Hornos? Pues no, señor; creo que no se ha casado aún. Se ha hecho farmacéutica, según dijeron, y ha puesto botica en la capital.

—¿Eheeee? ¿Que se ha hecho...? Pero ¿allí también empiezan ya las muchachas a estudiar? ¡Cómo va el mundo!... ¡A dónde iremos a parar!... Con lo guapa que es.

—Bueno, ¿y eso qué importancia tiene? ¡A ver, más cerveza y percebes! —exclamaba tío Demetrio, viendo que entraba tía Pepa con regular cargamento de ambas cosas.

Tanto íbase animando la escena del comedor, que a tía Pepa pareció oportuno entornar las maderas del balcón.

—Pero ¿por qué haces eso? ¿Quieres que nos asfixiemos? —exclamaba tío Pedro Ignacio.

—Es que están oyendo y viendo la función los vecinos de enfrente.

—¡Pues que vean y oigan cuanto quieran! —dijo el tío Demetrio, volviendo a abrir.

Yo estaba asombrado y contento. Parecía que traíales en mí mismo aquella alegría, manifestada en recuerdos de un pasado de más de veinte años. Nunca yo había tenido satisfacción mayor, ni aun en las fechas en que obtuviese sobresaliente y matrícula en los exámenes. ¡Nunca! Qué buenos eran estos parientes de Madrid. Qué inocente este primo Nicolás, y hasta tía Pepa me pareció bondadosísima ahora.

—Y tu padre, ¿está muy viejo?

—No, señor.

—Con lo que él ha podido ser, a seguir el consejo que le diera su coronel. Claro que tú nada sabes. Creo que a tu madre no le mistaba que lo contaran.

—¿Que no?... ¿Y por qué? —me decía yo.

Entonces tuve noticia de algo extraordinario acerca de mi padre. Él había estado en la segunda guerra carlista, y había alcanzado el grado importante de sargento primero. Era por el tiempo en que cualquier soldado tenía expeditos los caminos hacia todos los grados. Mi padre habíase educado a sí mismo, habíase hecho una cultura que entonces tenía cierta importancia, y ello, más su fortuna en los combates, diéronle algún renombre y aquellos ascensos que eran el paso para saltar a la categoría de alférez. Contaban que mi padre, al recibir la licencia, oyó de su coronel este consejo:

—Mi parecer es que debes pedir el reenganche por cuatro años. Tienes madera de militar, tienes valor y tienes hasta suerte. Con más lento paso que tú han llegado otros a generales en edad muy joven. Hazme caso, muchacho. Vete ahora a tu pueblo, descansa unas semanas y escríbeme.

Ésta era la noticia. Creo que mi madre sentíase algo culpable de que la carrera militar de mi padre se detuviese.

—Sin embargo —dijo tío Pedro Ignacio—, estaba de Dios que tu padre no fuese militar, porque si regresa en la fecha que le aconsejaba su coronel, tal vez no viviría.

Contaron entonces el episodio del puente sobre el Ebro, en Logroño; puente que se hundió cuando pasaba sobre él la tropa, el regimiento mandado por el mentado coronel. Fué una desgracia que dió mucho que hablar a la Prensa. Según la descripción del suceso, las compañías que pisaban el centro del puente se ahogaron en el río. Iban con mochila y fusil, y esta compañía era aquella en la que hubiera ido mi padre de haber regresado al regimiento. Tal desgracia fué causa de que la familia le disuadiera del propósito.

—Es un aviso de la Virgen —le decían—. Te has salvado esta vez y tantas otras antes. No tientes más a la fortuna.

—Y acaso hizo bien —recapitulaba tío Pedro Ignacio.

—¿Cómo que si hizo bien? Como que en seguida se puso novio con la Ascensión, la hija de Daniel, y se casó.

Vivía cerca de casa de mi tío otro compatriota llamado Pepiniano, apodo más que nombre, ya que el verdadero era Bibiano. El tal Pepiniano, viejo ya, presentóse de improviso, diciendo mientras se ponía el dedo en el ojo, en gesto de pícaro:

—¡Lo que a mí se me escape!

—¿Eres tú, Pepiniano?

—Al ver a Pepa ir dos veces al bar y a la pescadería, me he dicho: «Francachela tenemos.» Y aquí estoy.

—Pues claro que tenemos, y hay sus motivos. ¿Conoces a mi sobrino Miguel? Pues aquí lo tienes, que todavía no hace una hora que ha llegado de la estación.

—¡Ah! Entonces es el hijo de José Vicente.

—Te lo dije ayer al pasar por tu puerta, ¿no?

Ahora supe que Pepiniano era zapatero de portal, y conocí, además, cuánta era la popularidad de mi padre y su importancia ante estos parientes de Madrid, acrecentada con las noticias de antecedentes militares que contaban.

Continuaba la fiesta de cerveza, percebes y conversación, animándose todos de modo que tío Demetrio tuvo como una inspiración al exclamar:

—¡Pepa!

Entró ésta procedente de la cocina, con asombrados ojos, porque presentía algo malo, al menos para ella.

—¿Has llamado, Demetrio?

—¿Qué te parece si celebrásemos la llegada de Miguel con una cena en grande?

Y miraba en triunfo a todos los presentes.

—Lo que tú quieras. ¿Qué os preparo y para cuántos?

—¿Cómo para cuántos? Los presentes.

—Toma —dijo mi tío dando a tía Pepa un billete—. Lo tenía para pagar mañana el cuarto, pero ya me las arreglaré. Compra unas chuletas en casa de Dimas, y si le añadimos unos huevos, fruta y algo más... ¿Qué os parece?

—¡Bravísimo! —exclamó, asombrado, Pepiniano—... Si es que puedo tenerme por convidado.

—¿Cómo no? Tú eres el más viejo del corro, y eres además, nacido en Trascampos, y para mí son como hermanos todos los trascampenses. ¡Está dicho!

Tía Pepa, disimulando mal su consternación, había salido a sus compras, y tío Demetrio escanciaba los últimos vasos de cerveza. Como la tarde había sido calurosa y el crepúsculo tenía unas turbias luces de fuego, todos despojábanse de la americana y me invitaban a imitarles. Pepiniano era ahora el preguntón de turno, y se repitió la escena de aceleramientos en las preguntas e interrupción y desorden en las mismas. Nunca hubiera podido yo creer que aquel feo poblado de Trascampos, con su parroquia, su Notaría, su registrador, su juez de instrucción y otros servicios tan inferiores a los de la capital, tuviese para estos señores tanta importancia.

A la cena hubo de sumarse también tía Leocadia, la esposa de Pedro Ignacio. Al ver que éste retrasaba el regreso, habíase ella presentado. Deseara yo más bien escapar-